



El pobre
"Nalluena" por
Gil Varela

25
cts.



BOCHS, Jose

Año I - N.º 20	OBRAS MAESTRAS DEL	Resolución: N.º 10.111
Revelada	CINE	N.º 10.111
Clasificación		N.º 10.111
Acabado y Administración		N.º 10.111
Precio, 62		N.º 10.111
El 1.º de 1923		N.º 10.111
DIRECTOR: PEDRO PÉREZ - FERNANDO BARROSO - S.O.S.		

El Pobre Valbuena (1923)

según la película del mismo título, magistralmente
interpretada por

GIL VARELA

Edición FILM ESPAÑOLA, S. A. - Madrid

Concesionario: **EDUARDO GURT**

Hombres de Catalana, 52 - Barcelona

Tel. 661 G - Telegramas CINELO

I

En una de las más típicas calles de los barrios bajos de Madrid, tenía Paca instalado un salón peirador de señoras.

Se Paca una mujer de muy buen ver, simpática y hacendosa, que había logrado acreditar su establecimiento, al que acudía lo más escogido de la barriada.

Salustiano, esposo de la Paca, era uno de esos hombres indefinidos, que han sabido resolver el difícil problema de vivir sin trabajar, aun a costa de perder su propia personalidad. En efecto, el señor Salustiano no era más que el marido de Paca. Ésta llevaba el peso de la casa y llevaba también, como vulgarmente se dice, los pantalones.

Aquel día era de movimiento en el salón peinador. Paca y las oficiales estaban atareadísimas atendiendo a las parroquianas, que existían en número respetuoso en el arreglo de sus peinados, pues por la noche querían asistir a la «fórmese» que, organizada por Salustiano y dos compinches suyos, se celebraba en la Ronda de Embajadores. Entre los números anunciados en el programa de la fiesta figuraba un concurso de peinados y todas se disponían a presentarse y oponerse a los premios.

Hasta Ludgarda, una parienta de la Paca que hacía ocho días había llegado de Guadalajara, soñaba con dar el golpe en la verbena. Aunque había trasgado ya los cuarenta y tenía poco que agradecer a la naturaleza, pues era fea y desgarbada, manifestaba unas pretensiones verdaderamente primaverales.

— ¡Hola!, qué peinadito, ¿eh?—la dijo Salustiano al entrar en el salón.

— ¡S—contestó la interpelada con la mayor presteza—! me lo he cambiado, porque las cosas no le dicen nada a mi cara.

— No le dicen nada porque son muy prudentes—replicó Salustiano con sorna.

— ¡Guasón!—respondió Ludgarda. Y sin hacer caso de las risitas más o menos disimuladas de la concurrencia, añadió:

— ¿Y qué nos dice usted de la *brèmes* de esta noche, Salustiano?

— Que va a ser monstruo!

Y el marido de la Paca se puso a explicar los detalles del festival. Habría tómbola, concurso de primados, cueda, Tío vivo, baile y *luache*. ¿Qué más podía pedirse?

— Con decir a ustedes que uno de los organizadores, puede decirse la cabeza directora, es Valbuena, ya está dicho todo—resumió Salustiano.

— Pero ¿quién es ese Valbuena—preguntó intrigada Ludgarda—que desde que estoy aquí no oigo más que hablar de él?

Todas a coro comenzaron a cantar *loas* en honor del nombrado. ¡Valbuena! ¡Pues ahí es nada!... Un santo, un infeliz, un prodigio de habilidades, un estufo... Cada uno de los presentes se esforzaba por hacer su panegírico.

— Nosotros le queremos muchísimo—añadió Paca.

— Yo daría por él hasta la vida—añadió su marido.

— ¡Si vierais qué útil, qué simpático y qué servicial es! Lo sensible es que al pobre le dan de vez en cuando unos accidentes, que es una pena. A lo mejor estás hablando con él y de pronto ¡blum!, le da un espasmo y cae la redonda si no lo cogierais en los brazos...

— ¡Ay, qué lástima!—comentó Ludgarda.

— ¡Y que nadie sepa cómo es su rol!

Valbuena era uno de esos hombres de recursos limitados, que lo mismo sirven para un *barrido* que para un *fragado*, que sirven un poco de todo y realmente no dominan nada. Y aunque para esa clase de gentes se ha es-

cruto aquello de que «quien mucho abarca, poco aprieta», lo cierto es que esas especies de enciclopedias en rústica saben vivir, que no solamente es algo, sino mucho, por no decir todo.

Era Valbuena profesor de guitarra, componía cosas tan heterogéneas como tangos y loza, hacía romances para ciegos, pintando crímenes espeluznantes, construía jaulas para grillos, y, además, según aseguraba Salustiano, era electricista, arreglaba relojes y cabezas de ministros con carión viejo; elaboraba los más raros perfumes y educaba mirlos en quince secciones...

Aquella mañana se dirigía nuestro hombre a casa de su inseparable Salustiano para cambiar las últimas impresiones sobre la fiesta de la noche, cuando al desembocar en la calle donde estaba situado el salón peinador de Pacha, tuvo un mal encuentro.

Tres meses atrás el marido de la señora Silveria, una flauta ladora del barrio, le había dado el encargo de que le vendiese dos mantones de Manila que habían vencido, y Valbuena no tuvo inconveniente en hacer la comisión. Dio los puros al efecto, que no fueron pocos según propia declaración, y al fin los entregó a una señora en setecientas pesetas, dejando ésta a deber una pequeña parte de la cantidad.

Precisamente el marido de la Silveria fue a quien tropezó el simpático Valbuena. Quiso hacerse el desentendido para no entrar en explicaciones con él, pero no le valió la treta.

—Diga usted, Valbuena; venga acá. Todavía estoy esperando que me abone usted aquel residuo pendiente de la venta de los mantones.

—Pues mire usted, todavía no he podido co-

brarlo. En cuanto lo efectúe, iré a llevarle el dinero.

—A mí déjame de pampininas. Usted págueme lo que me debe y lo demás es cuenta suya.

—¡Pero, hombre! Espere a que yo cobre y entonces tendrá lo suyo.

—¡Buena, buena! ¡Basta de tonterías! O me hace usted efectivo el residuo, o...

—¡A mí no me venga con bravatas y reclamaciones! Porque a mí Prim...

Por toda contestación el marido de la señora Silveria atizó a Valbuena un soberbio puñetazo en las narices.

Este cayó redondo al suelo, presa de uno de aquellos accidentes producidos por su desconocido mal.

A pesar de ello el irritado reclamante siguió propinándole una soberana paliza.

La gente común, se arremolinó chilló..., y acudieron los guardias logrando sujetar al iracundo.

El vocerío de la calle y los gritos de ¡Socorro! ¡Guardias! ¡A ese! ¡Que lo maten!, proféricos por el público, llegó hasta los que estaban reunidos en el salón peinador, que corrieron al balcón curiosos de saber lo que ocurría.

—¡Es una rifa!

—¡Vaya vapuleo! ¡No le quedará polvo!

—¡Anda diez!—exclamó de pronto Salustiano con el mayor asombro—. ¡Pero si es Valbuena que le están pegando! ¡Y que le ha dado el accidente!...

—¡Granuja! ¡Gallina!—increpaban los del balcón.

—¡Pegarle a un accidentado!—gritaba indignada la Paca.

Salustiano bajó a la calle y recibió en sus brazos el cuerpo del tumbido Valbucna. Entre él y un guardia lo subieron hasta el piso y lo sentaron en una silla.

Venía Valbucna lívido y descompuesto. Al reaccionar de su desmayo pasábase el pañuelo por las doloridas narices, temblando, sin duda, que hubiese habido hemorragia.

—¡No, nada!—decía aún agitado y tembloroso.—¡No asustarse! No tiene importancia.

—¿Pero qué ha sido?

—¿A qué ha venido la riña?

Valbucna explicó el origen de la disputa, y terminó:

—Oír lo de Prim y dejarme dormidas las narices de un puñetazo, todo fué uno.

—¿Y por qué le ha contestado usted mal?

—¡Si lo que yo quería decir es que en Prim, viz a la adquiriente de los mantones!

—¡Pobre hombre!—dijo muy compungido Ludgardo.

También había acudido aquella mañana al salón peinador, una muchacha llamada Hilaria, a quien Virgilio, su marido, daba una vida perra, Mujeriego, pendenciero y maltrabajador, era la cruz de la pobre Hilaria, que salía a disgusto diario con su marido.

Aquel día, a las doce, había de celebrarse un juicio de faltas contra Virgilio y su mujer venía a surbir a Paca que Salustiano, que estaba citado como testigo, declarase en contra del enjuiciado, para ver si éste escarmentaba de una vez.

Prometióle Paca que así lo haría su marido.



—¡Acóo!—mujer Valbucna, desmayándose violentamente

y al terminar el trabajo y retirarse a las habitaciones interiores para terminar de coser una falda para la hermana de la noche, recomendó a Salustiano:

—Buena; ahí te quedas con Valbuena; pero no olvides que a las doce has que ir al Juergo del Juicio de la Hilaria.

—¡No tengas cuidado!

Al quedarse solos los dos hombres en el salón, Salustiano acercó una silla a la de su compañero, y, con gran misterio, dijo a Valbuena:

—¡Gracias a Dios! ¡Estaba deseando que nos quedásemos solos! Tengo que decirle algo muy importante...

II

En el piso de arriba de la misma casa de Salustiano, vivía una mujer estupendísima, según frase del marido de Pesca, que respondía al único nombre de Cipriana.

Vivía ésta en compañía de una tía suya, especie de Celestina y concubina a un mismo tiempo, que velaba con el mayor interés por la muchacha, aunque no estaba muy claro qué clase de interés la movía en sus cuidados.

Cipriana, que en verdad era una real moza, estaba retirada por el tío más temible de Madrid, Pepe el Tranquilo, un guapo del que era fama que se pegaba hasta con el luterio del alba y al que todos demostraban un respeto, no muy espontáneo por cierto.

La misma Cipriana lo temía más que a una tormenta, pues cuando se le subía la mosca a la nariz, era capaz de la mayor atrocidad.

Sin embargo, ese temor no era obstáculo pa-

ra que con todas las precauciones y recatos imaginables, mantuviera Cipriana relaciones íntimas con Virgilio, el marido de Hilaria, que había sabido con su arte de seducción llegar a los entretelos...

Salustiano atizó un día a la gentil entretelada y quedó perdido por los peñales de la hermosa hembra.

En cuanto la sentía bajar la escalera, se hacía el encontradizo con ella y la dirigía los más insinuantes requiebros y las más variadas galanterías de su repertorio.

Cuando la adivinaba en el piso, subía los tramos con el mayor silencio y casi a gatas se llegaba hasta la puerta de la descada aplicando un ojo al cerramiento de la cerradura, se extasiaba en la contemplación de las chárismas formas de la hermosa. Alguna vez estuvo a punto de ser sorprendido en posición tan poco virrosa por el detentador de Cipriana y tuvo que huir casi a rastras y temblándole todo el cuerpo por el miedo a ser descubierto por Pepe el Tranquilo, cuyas bromas sabía eran siempre pesadas.

Los requerimientos de Salustiano y sus suplicantes miradas y palabras, se estrellaron siempre contra la negativa rotunda de Cipriana a corresponder a sus pretensiones.

En vista de su fracaso, y no queriendo vejar en su intento, pensó en poder llegar a su objeto aunque fuera dando un rodeo. Y el rodeo no fué otro que buscar los buenos oficios de mediadores de la tía de la interfecta.

Al efecto esperó la ocasión de que ésta saliese sola de la casa y al tenerla frente a sí, la abordó resueltamente.

Pero la tía se mostró ofendida e indignada al escuchar los deseos de Salustiano.

Este, que esperaba los exabruptos de la ociosísima guardiana del tesoro que aspiraba a poscer, usó un argumento que rara vez falla en esta clase de personas y de ocasiones. Tiró de cartera. El efecto fué casi instantáneo. La tía deserrugó el entrecejo y después de ciertas consideraciones de reclamato, se prestó a hablar a su sobrina de las pretensiones de Salustiano y hasta prometió influir en su ánimo a favor del candidato a los encantos de aquella.

Quedaron convenidos en que la tía le comunicaría por escrito el resultado de sus gestiones, a cuyo efecto, y convenientemente atada con un hilo, le descolgaría una carta por el balcón.

V precisamente el mediodía de aquél en que Valbuena y Salustiano se disponían a hablar, después de reaccionar el primero del efecto de la paliza con que había sido obsequiado, era la hora señalada para el envío de la ansiada respuesta.

III

Salustiano se dispuso a hacer a su amigo Valbuena la revelación de su secreto amor por la vecina.

—Oiga, Valbuena. Estoy en un apuro terrible, y si usted, que es hombre de recursos, me salva, cuente usted con veinticinco duros.

Valbuena dió un salto en su asiento. ¡Veinticinco duros!

—¡Venga el apuro, hombre!—exclamó.

—Antes una confesión—indicó Salustiano a

su amigo.— Aunque usted vea que yo me hago el tímido, mi temperamento es completamente feminista, señor Valbuena... Nana, que yo, hablenlo claro, así que veo unas faldas, me alimbaro, créame usted.

—Pues servidor, chantillí.—Franqueza por franqueza—replicó Valbuena.

Y el marido de la Pata, con el mayor entusiasmo y encarándose con su compañero, le espeló esta pregunta:

—Señor Valbuena, ¿qué hay en el mundo mejor que una mujer?

—¡Dos!—respondió aquél sin vacilar.

Rieron ambos largamente, y ya en la más franca camaradería, continuó Salustiano:

—¿No es verdad que congestionan?

—Que sí congestionan? El otro día salí a facturar un encargo, y en la calle de la Montera se me pone delante una mujer de esas que reconocen de un modo atentatorio. Sin mirar dónde estaba, porque se me había ido la montera de la cabeza, le dió dos locuras, tiré detrás de ella, y yo que iba a la estación del Norte...

—¿Fué usted al Mediodía?—interrumpió Salustiano.

—¿Al mediodía? ¡A las tres de la madrugada entraba en mi casa!

Volviéron a reír los dos amigos, hasta que tomando Salustiano un aire grave y misterioso, dijo a Valbuena:

—Oiga usted mi confesión, que es de abrigo... Tras ese techo que nos cobija, vive hace un mes la Venus de Mediceis con una tía suya.

Y contó Salustiano detalladamente todas las incidencias de sus pretendidos amores.

—Y hoy me va a descolgar la misma, dicién-

dome si puedo hablar con su sobrina esta tarde sin peligro.

—¿Pero hay algún peligro?

—¡Ya lo creo! Como que esa preciosidad está monopolizada por el tío más temible de Madrid, por Pepe el Tranquilo.

—¿Ese guapo que le pega a su sombra?

—¡Cabalmente!

—Ni una palabra más—dijo decidido Valbuena—. Váyase usted tranquilo. El asunto corre de mi cuenta. Yo me quedo de vigilancia mientras va usted al juzgado por si arrojan la carta. ¿No es eso lo que desea?

—Pero...

—Nada de peros. Teniéndome a mí a su lado, sonríase usted de valientes. ¡Yo soy invulnerable!

—¿Pero qué está usted diciendo?

—¡Vaya!—insinuó Valbuena confidencial—. Si usted ampla la suma ofrecida a doscientas pesetas, le haré a usted poseedor de un secreto para abrazar mujeres y reírse de los hombres sin peligro.

—Pues, ya lo creo. Venga—respondió Salustiano.

—¿Usted cree que soy neurasténico?—dijo Valbuena con cierto misterio.

—Claro que sí—contestó el preguntado.

—No hay tal cosa. Es mi martínala. En mi estado normal abrazaba yo antes a una mujer y me desahuchaba una mandíbula de una bofetada; pero inventé eso de los accidentes, y ahora me derrumbo en brazos de la que me gusta, preso de un ataque, y no hay ninguna que no me recoja en su seno, compadecida. Además. Me sale un marido celoso o un amante

iraenado, y en cuanto me levantan la estaca, doy dos convulsiones y me dejo caer. ¡Vá a ver quién es el guapo que le pega a un accidentado!

—¡Magnífico! ¡Colosal! ¡Estupendísimo!

La conversación quedó interrumpida por la entrada de Paca, que fué a recordar a su marido la hora del juicio.

—Bueno—dijo Salustiano levantándose—. Valbuena se queda aquí, que tiene que esperarme para ultimar detalles de la herencia.

Al quedarse solos Paca y Valbuena, aquella le preguntó si se encontraba mejor.

—Así, así, solamente.

—¡A mí me da miedo! ¡Como siempre que le da a usted el accidente me pilla sola!...

En esto entró en el salón Adelina, una preciosa muchacha que era la modista de Paca, a la que traía una chaqueta que había de estrenar por la noche.

—¡Mi madre, qué mujer más preciosa!—pensó Valbuena.

—¿Me traes la chaqueta?—dijo Paca—. Mira, espérate aquí y entro ahí dentro a ponérmela. Salgo enseguida.

Al quedar con la modista, Valbuena sintió turbado todo su ser y pensó en la oportunidad de uno de sus desmayos.

—¿Usted es valladolisoletana, joven, y dispense usted lo largo de la pregunta?—dijo acercándose a Adelina.

—No, señor, soy gata. Nacida en la calle de Mira el Río.

—Sí, mira el río, ¡para eso estoy yo!—pensó nuestro hombre.

—Y usted, ¿es madrileño?

—No, señora, yo soy de... ¡Ay!... ¡Ay, joven!... ¡Qué me caigo!—iba diciendo entre-estudadamente Valbuena, pasándose la mano por la frente y vacilándose el cuerpo.—Es que me dan unos accidentes y me... ¡Ay!... ¡Por Dios, cújame, que no me rompa nada!... ¡Aaah!...

Y se desplomó en los brazos de Adeline.

—¡Jesús divino! ¡Para! ¡Este hombre se me muere!—clamaba la modista aterrorizada.

—¡Aaah!... ¡Aaah!—continuaba convulsionándose Valbuena, mientras en cada fingido espasmo iba tambaleando el cuerpo de la muchacha.

Paca salió precipitada al salón.

—¡El accidente! ¡Pobre hombre! ¡Tráelo, tráelo!

Y Valbuena pasó a los brazos de Paca.

—¡Eso es más sólido!—dicha entre sí el desvencado, apretando a la peinadora a conciencia.

—¡Y es de los fuertes! ¡Ángelina!—gritó Paca.

Sabó la llamada, una de sus oficiales.

—Ven, córruelo, que voy por el úter.

Y el accidentado cayó nuevamente de brazos.

—¡Esa es delgadita, pero de las que engañan!—pensó el llamado.

—¡Aaah!...—seguía entre tanto, y no contento con una, volvió a cogerse a Adeline, que sentada a su lado, seguía atolondrada en estera.

Anareció Ludgarda, que a su vez fué requerida para cargar con el atarado. Este, al ver cerca de sí a aquel esperpento, fingió una última convulsión.



—Nada, que se caiga que nos dá un hueco, ¡dame el útero, tráelo!

—No, gracias. ¡Ya se me ha pasado! Ahora con el aire me aliviaré del todo.

Ludgarda, muy contrariada, pensaba:

—Siempre llego tarde, ¡seré desgraciada!

Yá más tranquilo Valbuena, se retiraron sus enfermeras al interior de la casa. Al hacerle Ludgarda, se le acercó y le dijo mimosa:

—Si le repite, llámeme usted a mí. Mi gracia es Ludgarda.

—¡Maldita sea tu gracia!—exclamó Valbuena, cuando aquella desapareció. Y salió al balcón, pues con su *accidentado accidente*, realmente le hacía falta tomar un rato el aire.

Poco después entraba Pepe el Tranquilo, quien enterado de que Salustiano venía requiriendo de amores a Cipriana, venía dispuesto a liquidar la cuestión con sus argumentos *condolentes*.

—¡Ah del salón!—gritó dando un fuerte golpe en el suelo con su enorme bastón.

—¿Quién es!—dijo asustado Valbuena, entrando del balcón.

—Un modesto y que humilde servidor.

Al enterarse Pepe el Tranquilo de que no estaba Salustiano en la casa, y por hacer tiempo, preguntó por las condiciones y precios para peinar a su señora.

—¡Ah! es usted un parroquiano—y tomando una tarjeta de uno de los espejos se la entregó a Pepe, disponiéndose a hacer la reclamación de la casa.

En esto apareció en el balcón colgando de un hilo la carta esperada por Salustiano.

—¡Anda, diez, la misiva colgando!—dijo entre dientes, y añadió alto:—Con el permiso de usted voy a...

—¿Qué es eso?

—Nada. Una cartita de una vecinita... Cosas de hombres... El condueño que... ¡Y que la chica lo vale!...

—¿Casada o soltera?—dijo Pepe, moviendo significativamente la cabeza.

—Intermedia. Está amistanzada con ese bostia de Pepe el Tranquilo. Quizá le suene a usted...

—Me suena, me suena...

Valbuena fué a coger la carta. Apenas entró en el salón, Pepe el Tranquilo le agarró violentamente de las solapas, le quitó la carta y le zambulló como a un dominguillo.

—¡Caballero! ¡Esa carta!... ¡Con qué derecho!...

—¿Sabe usted con quién está hablando? ¡Pues con Pepe el Tranquilo!

—¡Aaah!—rugió Valbuena, desplomándose violentamente.

—¿Qué es esto? ¡Le ha dado un mal!—dijo contrariado Pepe, que ya se disponía a vapulear a Valbuena— ¿Y quién le paga a un accidentado? ¡A ver qué dice la cartita!

Levó: «La Cipriana se mega en absoluto. Esta noche iremos a la *hermés*».

—¡Será bien! ¡Volveré! Y en cuanto me eche a la cara al señor Salustiano, ¡lo desfogmo!—y se fué a la calle.

Valbuena se sentó en el suelo y dijo para sí:—He perdido un amigo, porque el señor Salustiano sacará a manos de este bárbaro. ¡Lo liquida!

IV

Bien ageno a lo que ocurría en su casa, Sa-

lustiano estaba a aquellas horas declarando en el Juzgado en el juicio de faltas contra el marido de la hilaria. Virgilio se defendía ante el Juez y éste llamó luego a Samseliano para que declarase.

—Críame usted, señor Juez. La culpa es de éste—dijo señalando a Virgilio—que da una vida imposible a esta pobre mujer.

El acusado le miró con ojos centelleantes.

Cumplidos los trámites legales, el Juez pronunció las palabras de rito: «Terminada la vista», y sin duda para hacer honor a la frase del funcionario público, no bien éste se hubo retirado, se abalanzó Virgilio sobre el marido de la Paca y le azizó un certero puñetazo en un ojo.

Corriendo salió hacia su casa el lesionado, quien contó lo sucedido, entre gritos de protesta de los oyentes, especialmente de Paca, que estaba verdaderamente furiosa.

Cuando se hubo apaciguado el vocerío, y mientras las mujeres preparaban la comida, entró Valbuena a su amigo de la agradable visita que había tenido.

—Lo mejor que podemos hacer es comer ligeros y pitar, aunque sea a flo-flo. Ese animal cumple sus amenazas.

—¡Vamos, que se enfria la sopa!—invitó Paca a los compinches, que entraron en el comedor.

Quedóse un momento buscando por entre los toradores las llaves de la alacena.

—¡Ah, del salón!—dijo entrando Pepe al Tranquilo, acompañando sus palabras de un terrible golpe de su bastón en el suelo.

—¡Jesús!—se volvió Paca asustada—. ¿Qué se le ofrece a usted?

—¿Es usted la condeñosa?

—Servidora.

—¿Está su esposo de usted?

—Sentándose en la mesa.

—Pues haga el favor de indicarle que salga un momento, que está aquí Pepe el Tranquilo.

—¡Señora Paca! Dice la Ludgarda que las llaves...—salía a advertirla Valbuena. Pero al ver al visitante quedó desconcertado.

—¡Aaaa!...—gritó, cayendo pesadamente al suelo.

—¿Otra vez? ¡Maldita sea!—dijo rabiando el Tranquilo.

—¡Salustiano!—llamaba Paca—. ¡Valbuena con el accidente! ¡Tráele el éter!

Acudió su marido con la mayor presteza.

—Ven, ayúdame... ¡Ah!, oye, ese señor te busca; dice que se llama Pepe el Tranquilo.

—¡Aaaa!—rugió Salustiano, cayendo como Valbuena cuando era.

—¡Dios mío!—clamaba aterrada Paca— ¡Salustiano! ¿Qué tienes?

—¡Rele también!—dijo asombrado Pepe.

—¡Pero si nunca le ha dado!—afirmaba Paca, reclamando el auxilio de las demás mujeres.

—Nada, que se conoce que los hipnotizo. ¡Buena! ¡No tengo prisa!

Y sentándose en una silla sacó Pepe el Tranquilo un fajo de diarios dispuesto a aguardar a que reaccionaran los accidentados.

Se llamó al médico de la casa de socorro, quien aplicó a los pacientes unos sinapismos en las piernas, y después de ordenar los cuidados que habían de prodigárselos, terminó diciendo

que aquello lo mismo podía durar dos horas que hasta el día del Corpus.

En vista de que el ataque no se les pasaba Pepe el Tranquilo se levantó muy sercamente y dijo para su capote:

—Pues nada; no corre prisa; ya los cogeré en el uso de sus facultades.

Dobó el diario que estaba leyendo, fuése... y no hubo nada.

V

—¡Hola, hombre! ¿Haa vuelto ya?—dijo a Valbuena Bibiana, su mujer, que aunque no muy joven todavía estaba fresca y apetitosa.— ¡Eso de que tardes todos los días, va picando en historia!

—¡Ya lo creo que va picando!—se le escapó decir a Valbuena, a quien los sinapismos habían levantado ampollas.

—¿Qué dices?

—Nada.

—Hace un rato que tienes ahí esperando a los ciegos, que quieren que les oigas el *Pom-pom*.

—Es verdad que los cité para las seis. Pues díles que salgan.

El *Pom-pom* era un tango, al que Valbuena había puesto la letra, el importe de cuyo trabajo venían los ciegos a pagarle, queriendo además que se lo oyera cantar para ver si le daban el matiz conveniente.

Bajo la dirección de Valbuena entonaron los ciegos el tango de que era coautor.

—¡Al pelo! Esta noche van ustedes a tener un público enorme.

—¡Así sea!—Y para celebrar el presunto éxito invitaron a Valbuena a unas copas.

No habra a aun doblado la esquina de la calle, cuando llegó Salustiano a la casa, a quien atormentaba horriblemente el peor de los sinapismos.

—¿Me hace usted el obsequio de decirme si vive aquí un sujeto que se llama Valbuena?

—Es mi marido—respondió Bibiana—. Si quiere usted esperarle, no tardará.

—Tanto gusto y muchas gracias. Esperaré. Salustiano miraba a Bibiana y pensaba que era una mujer de promisión reservada. ¡Vaya entis! ¡Y vaya curvas!

—¡Si yo tuviera valor y Valbuena tardara un poco!...—decía para sí.

Pidióle un vaso de agua que Bibiana se apresuró a servirle.

Lo tomó Salustiano y fué bebiendo el agua prausadamente.

—¡Qué fresca!—dijola intencionado y pícaro—Bebo a sorbitos porque... padeczo de... me dan así unos mareos como los que le dan a su marido de usted.

—No ahora va no—respondió ingenuamente Bibiana—. Le daban antes, cuando yo era soltera.

—Pues mire; a mí me han empezado a dar hace poco... y como he venido corriendo... y el sol pica... y... ¡Ay!

—¿Qué es?

—¡Cójame usted el vaso!... ¡Qué mareo!... ¡Qué me da!... ¡Que no sé!... ¡Aaah!

Pingó Salustiano dos o tres convulsiones y cayó en brazos de Bibiana.

—¡Jesús! ¡Como los que le daban a Valbuena!

—¡Amah!...—seguida aquél, apretándose cada vez más a la rolliza jamona.

En esto volvía ya Valbuena y al ver aquel cuadro, exclamó:

—¿Qué es eso?

—Un amigo tuyo que se me ha desmayado en los brazos—contestó jadeante Bibiana.

—¿Quién?... ¡Contra! ¡El señor Salustiano! Trac. Ya sé lo que tiene. Déjamelo y vete.

Y dirigiéndose amenazador a Salustiano, añadió:

—¡Hombre! ¡Peda haberse usted ido a ensayar con una tía suya!

—¿Dónde estoy?—dijo Salustiano poniendo en blanco los ojos.

—Está usted aquí por casualidad; pero debía usted estar en la casa de socorro.

—No, si es de veras, Valbuena; si es que he perdido el sentido—. Y fingiéndose algo repuesto, continuó:—¿Y qué hacemos? ¿Dónde nos metemos esta noche que no nos encuentre el Tranquillo?

—En la *hermés*—respondió Valbuena sin vacilar.

—¿Está usted loco!—arguyó Salustiano.

—¿Loco? Ese tío, seguro de que le huimos, nos buscará en todos los rincones, menos en los sitios públicos.

—¡Pues es verdad! ¡Es usted un talento!

En esto salió Bibiana de la casa con una taza de tila, para calmar los nervios de Salustiano.

—La tila para ti—dijo Valbuena a su mu-



jer—. Me voy con este amigo a la *kermés*; allí se espero.

Y los dos amigos salieron dispuestos a pasar una noche divertida.

Pepe el *Tranquilo*, que había inquirido las señas de Valbuena, y que no cejaba en su idea de dar a los dos amigos una *leccioncita práctica* de su arte de manejar la estaca, llegó a la calle donde vivía aquél, y mirando el número de la casa, dijo:

—¡Aquí es, si no me engañó!—y llamando con su característica manera, dió un golpe en el suelo con su *garrote*, exclamando:—¡Ah, de la casa!

—¿Quién?—dijo asomándose Bibiana.

—Vive aquí el señor Valbuena?

—Sí. Pero acaba de marcharse con un amigo. Si tiene interés en verle, me han dicho que se iban a la *kermés* de esta noche.

—Gracias. He tenido un verdadero...—concluyó el *Tranquilo* saludando.

—¿Con que a la *kermés*?—dijo para sí—. ¡Se han pasado de fuertes! ¡Muy bien! Tomaré un billete para la fiesta y... dos señoras en la viudez...

VI

La «Kermesse» estaba animadísima. Un público numeroso y compacto lo llenaba todo en medio de la más bulliciosa algarabía. Ellas navidades con los clásicos mantones de Manila; ellos con los trajes de los días de fiesta. ¡Mucha luz, mucha alegría, risas por doquier y alguna que otra copa de más en los cuerpos!

El baile estaba en su apogeo, cuando llegaron

Valbuena y Salvastiano, quienes ocuparon, como organizadores, un sitio preferente en el tablado del jurado calificador del concurso de palcos, una de las atracciones de la fiesta.

Juntas llegaron Paca, Ludgarda y varias oficiales del salón peinador; Virgilio y la Hilaria por su parte fueron también al festival, el primero con una cara de aburrimiento que crispaba los nervios de su mujer, y por fin Pepe el *Tranquilo*, acompañado de Cipriana y su obesa tía.

Hilaria y Virgilio se sentaron a una mesa y pidieron unos refrescos. Pepe el *Tranquilo* y las dos mujeres se acomodaron en otra mesa, precisamente al lado de la que ocupaban los primeros.

La cara de malhumor de Virgilio, se cambió en una expresión de contento al sentir la vecindad de Cipriana, con la que estableció seguidamente un contacto de codos...

El jurado se disponía a emitir su fallo y previamente desfilaron ante el mismo las concursantes.

Hecha la calificación, Valbuena y Salvastiano corrieron a comunicar a Paca el resultado.

—¡Chica! Te han adjudicado el primer premio.

Hubo plácemes y apretones de manos.

—¿Y yo no he sido agraciada?—preguntó Ludgarda.

—Usted no ha sido agraciada en su vida, señora—se apresuró a contestar Valbuena—. Sobre su cabeza se armó una gran discusión entre los miembros del jurado, y uno opinó que se cortase...

—¿Qué dico?

—Que se cortase la discusión y que se hiciese de usted una mención honorífica...

Después Valbuena y Salustiano fueron a dar una vuelta por el local de la fiesta. Al dejar junto al Tío vivo, Valbuena tocó en el brazo a su compadre.

—¡Vaya dos divinidades! ¿Vamos a decirles algo?

Se acercaron a dos preciosas muchachas.

—¡Viva la puericia y la adolescencia!

Las mozas rieron el pipapo, y hubo un tiroteo de frases equívocas.

—Las invitamos al Tío vivo. ¿Hace?

Subieron los cuatro y entre bromas y risas, púsose en movimiento el tinglado.

Pepe el Tranquilo divisó a los dos compadres y levantándose de su asiento se dirigió hacia donde estaban con la estaca dispuesta a actuar.

—¡Grandes! ¡Ahora os compendré yo!

Cada vez que, al rodar el Tío vivo, tenía a su alcance a los interlocutores, descargaba en sus costillas un sordo garrotazo.

—¿Y quién se desmaya ahora?—decía Valbuena a Salustiano.

Al disminuir en velocidad el Tío vivo, se encaramó el Tranquilo y hubo una verdadera lluvia de palos.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Que nos mata!

Al escándalo de la riña, acudió la gente, que abandonó precipitadamente las mesas del improvisado cafetín.

La Bibiana, que en aquel momento llegaba a la fiesta, se acercó a los que disputaban y entre ésta y Paca anjataron al Tranquilo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es esto?

Valbuena y Salustiano dirigían miradas su-

plicantes a Pepe el Tranquilo para que no descubriera la causa de la paliza que les había propinado.

—¡Nada!—afirmó Pepe—. Que a estos señores les ha dado un accidente y he creído que a estas naturalezas débiles les vendría bien un reactivo. No se desmayen más en su vida, ¿verdad?

Los vapuleados hicieron gestos negativos.

—¿Con que accidentes, eh?—dijo Bibiana cogiendo a su marido por el cuello.

Virgilio y Cipriana, que al abandonar el público las mesas, se quedaron sentados, aprovecharon el barullo y la confusión y cogiéndose del brazo salieron a la calle.

Calmando el tumulto que originó la agresividad de Pepe el Tranquilo, Hilaria y la tancancero, volvieron a las mesas en busca de sus acompañantes.

—¿Y mi marido?—dijo Hilaria al no encontrarlo en su sitio.

—¿Y mi sobrina?—¿Dónde se habrá ido?

Hilaria, dándose cuenta de lo ocurrido, volvió al lugar en que Pepe el Tranquilo decía, petulantemente:

—Y ahora a seguir divirtiéndose. Pero que no olvide ninguno que a Pepe el Tranquilo no se le pega nadie.

La mujer de Virgilio, al escuchar las últimas palabras, saltó como un torbellino.

—¿Que no se le pega a usted nadie? ¡Y la mujer que ha traído para darse postín se ha escapado con mi marido!

A Pepe el Tranquilo se le hizo todo oscuro. La Hilaria, furiosa, y sin pensar lo que hacía,

se arrojó sobre él y le hizo correr más que de prisa a empujones y puntapiés.

Entre tanto, Bibiana, zarandeando a Valbuena y dándole violentos empujones, iba diciéndole:

—¡Vamos a casa! ¡Ya te enseñaré yo a ardentarte!...

FIN

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Deseosa la empresa de EL CINE de corresponder al favor constante que el público viene dispensando a OBRAS MAESTRAS DEL CINE, tiene establecido un servicio mensual de regalos. En cada número de esta publicación se incluye una hermosa postal con el retrato de uno de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que van numeradas, dan derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una fotografía curiosa, con datos de populares intérpretes del arte cinematográfico.

El sorteo se hace en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 1.º de cada mes, correspondiendo los regalos a los adquirentes de la Lotería Nacional y a los que recaigan las tiradas suyas.

Los regalos consisten en un artístico retrato de gran tamaño, con un precioso marco, de uno de los más populares actores cinematográficos, al poseedor de la postal cuyo número sea igual al que corresponda el primer premio, y dos elegantes cajas de polvos de arroz Krim, que son las preferidas y las más bellas artistas de la pantalla, a los poseedores de las postales cuyos números sean iguales a los premiados con el segundo y tercer premios.

Como es de elarse de que el tiraje de OBRAS MAESTRAS DEL CINE coincide con mucho, naturalmente, a treinta mil ejemplares, sólo a que el sorteo los números de la Lotería Nacional, al llegar las postales de esta revista cinematográfica al número 3000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya de los números premiados.

NUMEROS PUBLICADOS

1.º *Almas en venta*; 2.º *En el Palacio del Rey*; 3.º *Pedrucho*; 4.º *El torero*; 5.º *Lecciones de amor* (postal de Gloria Swanson); 6.º *¡Hasta, el infierno!* (extraordinario); postal de Thomas Meighan; 7.º *Manual del Perfecto Casado* (postal de Pola Negri); 8.º *Tigre Blanco* (postal de Charles Ray); 9.º *El hombre de Río Piedra* (postal de Charles Roche); 10.º *La Reina de Saba* (postal de Jacqueline Logan); 11.º *El tesoro de la carabela* (postal de Edmund Lowe); 12.º *El hadoop de media noche* (postal de Rodolfo Valentino); 13.º *Si las mujeres mandasen* (postal de Viola Dana); 14.º *La Cochinita* (postal de Antonio Moreno); 15.º *La desposada de noche* (postal de Norma La Mer); 16.º *Supremo tesoro* (postal de J. Warren Kerrigan); 17.º *Torero por carambola* (postal de Margherita La Mar); 18.º *Amor de madre* (extraordinario, postal de Ramón Navarro); 19.º *El padre Júpiter* (Mossen Jovan); (postal de Alice Terry); 20.º *Por las ore romanas* (postal de Hoot Gibson); 21.º *El odio de la virtud* (postal de Francis Dana); 22.º *La indomable* (postal de Norman Kerr); 23.º *Mary Rose* (postal de Laura La Plante); 24.º *Un toro de Nido* (extraordinario); postal de Len Chaney; 25.º *El casador del pueblo* (postal de Mary Phillip); 26.º *Contra la ley* (postal de Gladys Walton); 27.º *Un resacaño bancario* (postal de Roy Stewart); 28.º *No hay juego sin trampa* (postal de Virginia Valli).

PUBLICACIONES DE "EL CINE"

La Dama de las Camelias

Adaptación a la pantalla de la inmortal obra de Dumas, realizada por Alla Nazimova y Rodolfo Valentino; 68 páginas de nutrida lectura con profusión de fotografías. 50 céntimos.

Para ser bella

Útilísima valencia que contiene interesantes consejos escritos por las más célebres artistas cinematográficas indicando el modo de adquirir y conservar la belleza, con lecciones prácticas de maquillaje, mani-

curs, preceptos higiénicos, sanitario, etc., etc., con magníficos grabados. — Precio: 2 pesetas.

Almanaques de «El Cine» de 1923 y 1924

Curiosos volúmenes llenos de artículos e informaciones de interés para los aficionados. — Precio: 1,50 pesetas.

Historia de Mussolini y del fascismo

Estudio exhaustivo de la aguda del eminente estadista. Su vida y su obra. Pandemonio espiritual e ideario político del fascismo. — Precio: 30 céntimos.

Novelas

Amorosa colección de la famosa autora Carlota M. Drezen publicadas en la revista *El Cine*.

Dora. — *Corazón de oro*. — *Amorosa*. — *Corazón de dos maridos*. — *Por el pecado ajeno a lucha de amor*. — Precio: 2 pesetas como.

Cantares

Tomo I. — 300 canciones amorosas (declaraciones, ternuras, requietas, ponderaciones y serenatas).

Tomo II. — 300 cantares ajenos (burlas, desprecios, desdenes, baturradas y disparates). — Precio: 1 peseta como.

Para ser artista de cine

De gran interés es el que el gran trágico Sidney y el incomparable cómico Charlie, explican los secretos para triunfar en el arte mudo. (Agotado).

Antonio Moreno

Detallada e interesante información de la trágica agitación de que fué víctima el popular actor cinematográfico en Los Angeles (California). (Agotado).

Argumentos de películas

El hijo pámparo. — Prueba trágica. — Marcela. El circo de la muerte. — El hufo de oro. (Agotados).

Los reyes en la intimidad

Lujoso libro con imágenes a todo color e interesantes fotografías, fotografías, anécdotas y aventuras gloriantes de los reyes. Muy interesante, muy entretenido y completamente histórico. (Agotado).

Música

36 modernas y hermosamente editadas de Música Popular con más de 200 páginas de música de gran éxito en los últimos años. 20 pesetas.

45 Álbumes de El Cine conteniendo unos 700 canciones musicales muy populares. 33 pesetas.

Cuentos de Vida y Amor

Interesantísima colección de cuentos y novelitas sentimentales del ilustre escritor Vicente Illas de Tejeda. — Precio: 2,50 pesetas.

Album n.º XXXVI de Música Popular

Dedicado al célebre y genial Alberto Rotura, que es a la vez un músico natado, exquisito y un artista de renombre universal. — Precio: 2 pesetas.

EN PRESA

Cantares

Tomo III. — 300 cantares tristes (penas, ausencia, celos, desengaños, envidias, soledades y agetas).

Manual de técnica cinematográfica

Indispensable tomo para los artistas, aficionados, técnicos y cuantos se preocupen por la cinematografía en todos sus aspectos. Contiene interesantísimos detalles acerca del origen del cinematógrafo, la cámara, la vista y sus accesorios, la película, el vidrio, el estudio, el artista, los trucos, el argumento, el laboratorio, la proyección, la electricidad y el cine; directorio de manufacturas, directores y artistas, etc., etc.

Adquiera usted inmediatamente la colección de

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

pues algunos números están a punto de agotarse.

Los pedidos a la administración de El Cine, Pelayo, 61, Barcelona.

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

En el próximo número de esta popular revista que aparecerá el sábado día 1 de noviembre se publicará la adaptación novelesca de la magnífica película, sobre Goldwyn.

Bajo la púrpura cardenalicia

que no podemos publicar en el número de Obras Maestras del Cine correspondiente al día 11 de octubre, como habíamos anunciado, por no estar completo aún en Barcelona dicha película.

Bajo la púrpura cardenalicia

es una interesante novela de carácter histórico en la que se describe magistralmente un episodio de la vida del cardenal Richelieu, el hombre que con su talento y su sagacidad dominó a Francia durante un largo período de tiempo.

Postal de Frank Mayo.

Concesionario exclusivo de venta para España

LIBRERIA ITALIANA

Rambla Catalana, 125

BARCELONA

Dentro de breves días

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

publicará el primer volumen de su colección de superproducciones con la adaptación novelesca de la grandiosa película:

LA TRAGEDIA DEL "FOLIES BERGERES"

Un tomo de 128 páginas, lujosamente encuadernado, 1 peseta.

Imp. GARNOFFEL Viñardet, 19 y 21. - BARCELONA

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

Suscripción:

2'50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música GRA-
TUITO con las 16 composiciones más populares
de la temporada

■ ■ ■

PUBLICACIONES «El Cine»
Paseo, 60-Telex. 4736 A.
BARCELONA

Imp. Villarreal, 11 y 14